

EDITORIAL

LA COMUNICACION CIENTIFICA, UN INGREDIENTE IMPORTANTE DEL PROGRESO CIENTIFICO Y TECNOLOGICO

La Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Aplicación de la Ciencia y la Tecnología celebrada en 1963, fue un evento de gran relevancia, ya que los países del Tercer Mundo comprendieron que éste era el mecanismo de aceleración que su desarrollo necesitaba. Después de transcurridos 15 años, sin embargo, es de dudar que la ciencia y la tecnología hayan respondido realmente a los deseos y ambiciones de los países subdesarrollados.

Ahora, en 1979 se llevará a cabo otra Conferencia sobre el mismo tema, enfocando esta vez la Ciencia y la Tecnología para el Desarrollo. A pesar de que en ese lapso de 15 años éstas no han dado los frutos esperados, es innegable que sí han logrado despertar inquietudes y que nuestros países han logrado también adelantos significativos. Se considera, no obstante, que aun cuando el enfoque primordial de la reunión de 1979 será diferente: el uso de la ciencia y de la tecnología más bien como instrumentos que como un fin per se, los beneficios que de ella se deriven no diferirán en mucho de los percibidos en los últimos 15 años.

Esta predicción, un tanto pesimista si se quiere, se basa en el hecho de que en muchos países del Tercer Mundo no existen grupos técnicos receptores que a la vez sean transmisores de los resultados de la investigación que se realiza. En muchos casos, lamentablemente, ni siquiera se realiza investigación.

Dos son los aspectos clave que han llamado la atención en

las conferencias sobre transferencia de tecnología, por un lado, y sobre alimentos de alto valor nutritivo, por el otro. En las reuniones clasificadas dentro de la primera categoría se oye siempre el comentario de que los países desarrollados se aprovechan de los subdesarrollados, ya que les ofrecen la tecnología que desean, pero a un costo que ellos determinan y en la forma y cuando les conviene. En realidad, ¿de quién es la culpa? ¿de los que venden ó de los que compran? Por lo general, es de los últimos, quienes por una serie de factores no tienen criterios suficientes para seleccionar lo que en verdad necesitan.

En el segundo caso, o sea en el de las conferencias sobre alimentos de valor nutritivo, se habla de las compañías transnacionales de alimentos como instrumentos que producen y venden productos de la calidad que desean y a los precios que las mismas compañías imponen. Sin embargo, la tecnología autóctona ha producido productos similares y aún mejores, pero preguntémosnos ¿cuántos de éstos se han producido en escala industrial? De nuevo, cabe interrogarse: ¿quién es el culpable? ¿Son acaso las compañías transnacionales o las instituciones nacionales que no dan prestigio ni apoyo a su publicación científica?

En ambos casos la falta de competencia en comprar y transferir tecnología extranjera así como la falta de implementar tecnología local se debe en gran parte a la falta de experimentación y de comunicación científica, cuya consecuencia es la falta de credibilidad nacional hacia el investigador local.

Por otro lado, la contraparte nacional privada o pública también es responsable por su falta de interés y estímulo al investigador.

En ambas situaciones así como en muchas otras más, por ejemplo, en el caso de la investigación agrícola nacional, la culpa recae, tal vez más, no tanto sobre el científico como sobre el sistema, porque no dispone de medios para estimular al profesional. Este último, como miembro de una institución devenga un salario, cumple sus funciones habituales, pero relega a segundo plano la preparación de contribuciones técnicas y científicas, ya que de acuerdo al criterio prevalente en nuestro medio, esto no contribuye en nada a enriquecer su curriculum.

Lo mismo ocurre en el área de transferencia tecnológica que en realidad la lleva a cabo el técnico que trabaja en una casa comercial y no el técnico que labora en una institución nacional. El primero encuentra estímulo, ya que por cada unidad que logra vender obtiene una comisión, y para poder vender esa tecnología y esa unidad absorbe conocimientos de la literatura que la empresa comercial le proporciona a esos efectos. En cambio, el técnico de la institución nacional no se preocupa en gran medida por incrementar su bagaje de conocimientos científicos, y permanece relativamente estático en ese sentido desde su egreso de la universidad.

En nuestro criterio, éste es un problema serio. La comunicación científica, escrita u oral — actividad hoy día de poco valor en muchos países del Tercer Mundo — debe estimularse por constituir un ingrediente de primordial importancia en la producción y aplicación de la ciencia y la tecnología en América Latina. Creemos que todos reconocen las ventajas de esta política, ya que sus implicaciones son de primera magnitud y no pueden pasar desapercibidas. Por su medio el profesional adquiere prestigio técnico, se absorben más conocimientos, se evitan duplicaciones innecesarias, y se reducen costos. No menos importante, se establece competencia y los países se colocan en situaciones mucho más favorables para negociar, aceptar y transferir conocimientos científicos y tecnológicos más acordes a nuestras necesidades que a los del que ofrece esa tecnología.

Consideramos, pues, que mientras no se estimule la comunicación científica, mientras los trabajos de esos profesionales no se den a conocer, mientras nuestras entidades nacionales y políticas no reconozcan el verdadero significado del papel que los científicos están llamados a desempeñar y el valor de la labor científica y su diseminación, y mientras el propio profesional no acepte esta responsabilidad como una verdadera necesidad y defienda su causa, muchas pueden ser las conferencias internacionales que continúen llevándose a cabo en nuestro mundo, pero ninguna de ellas tendrá impacto práctico alguno. Ello no hará cambiar nuestra situación actual, caracterizada por un

desarrollo lento que pierde significado a causa del precipitado deterioro de nuestras sociedades: . . . y así, el Tercer Mundo, mucho nos tememos, seguirá siendo el Tercer Mundo.

*Ricardo Bressani
Editor General
Archivos Latinoamericanos
de Nutrición*